

# MODELO DE ESCRITURA 354

Álvaro Bueno Sáez



# MODELO DE ESCRITURA 354

Álvaro Bueno Sáez



Edición limitada y numerada de 300 ejemplares



COLECCIÓN PIEZAS DE NARRATIVA

Primera edición, noviembre 2024

©Álvaro Bueno, *Modelo de escritura 354*

**Fotografías interiores y collage de cubierta:**

©Patricia Lodín Velázquez

**Edición:** ©Piezas Azules, editorial independiente  
piezasazuleseditorial.com

**ISBN:** 978-84-129256-1-6

**Depósito legal:** M-22968-2024

**Piezas Azules** llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.









Quiero vivir.

Quiero cuidarme a mí mismo.

Quiero cuidar a la gente.



Primera sesión: hay que crear un lenguaje íntimo antes de comprenderse. Soy un laberinto de andamios. Tengo cientos de pensamientos lógicos, bien contruidos, que suben hacia arriba, hacia lo abstracto, ese mundo de ideas que descubrió el maldito Platón.

— Te pasas el día pensando en el universo y en la muerte, y así no se puede. Tienes que volver aquí abajo —me has dicho mientras me dabas la mano.

Hacía mucho tiempo que alguien no me daba la mano. He sentido que estabas ahí, enfrente de mí, preocupada por cómo estaba yo. Absurdo y reconfortante. Dices que he perdido el sentido. Quiero decir el sentido por definición; no consigo dirigir los cinco sentidos que tengo. No consigo prestar atención a los estímulos necesarios cuando miro un vaso. Bebo agua y al subir los ojos recuerdo cualquier cosa: 1. cuando iba a pedir agua fresca al bar de al lado de mi casa de la infancia cansado de jugar al pilla-pilla, 2. cuando después de un entrenamiento me dijeron que mi entrenador había muerto en un accidente de furgoneta, 3. cuando decidí dejar de beber varios meses con 17 años por algo relacionado con una borrachera que no recuerdo. Hace casi veinte años que no disfruto del agua.

No consigo centrarme. No consigo dirigir mi atención en la dirección de los sentidos. Rápidamente, después de los recuerdos, asaltan las preguntas: ¿qué hago mirando este vaso? ¿de qué está hecho este vaso? No pienso ni entrar en por qué está vacío. Me has pedido que no me pregunte y que mire directamente el vaso, que haga meditación para despejar mi cabeza de dudas. No significa que vayamos a arreglar algo, pero es una forma de tirar los laberintos de mi cabeza.

— Tú no eres tus laberintos —me dijiste.

¿Yo no soy mis laberintos?

11:45

El problema es que, desde hace varios años, no encuentro otra palabra para describirme que no sea cansado. Cansado y frustrado, diría más bien. Llevo dos años encerrado en esta ciudad y, a veces, la única pregunta en la que centro mi atención durante días enteros es qué hago aquí. Antes, las clases de literatura en la UCS resultaban más excitantes pero ese trabajo ya no tiene retorno. La simulación de profesores ha obtenido un porcentaje de mejora anual de los conocimientos de los alumnos de alrededor de un 60% por encima de un profesor humano, por no contar que no tienen bajas, ni suplencias, ni impuntualidades, ni casos de acoso escolar. No puedo competir con eso. No por lo del acoso escolar, claro, sino por el resto de cosas. Y bueno, además, no, no, no quiero volver a dar clases a universitarios; ya me cansé de eso también.

Como decía, estoy cansado.

12:31

Me resultaría extraño volver a dar clases en la universidad, al igual que hoy me ha resultado extraño volver a la oficina después de dos semanas

de baja. Creo que ha sido la primera vez que David, David Somolinos, el informático —¿habrá venido alguna vez contigo?—, me ha dicho:

## Me alegro de volver a verte

Me detuve. Hace mucho que no le digo a nadie que me alegro de volver a verle.

13:02

Me he dado cuenta de que tenía ganas de ver a mis alumnos. Supongo que les puedo llamar alumnos, sí. He entrado en la sala de reuniones y les he dicho: «Como decíamos ayer...» y todos se han reído. A finales del XX mucha gente atribuía esta frase a Unamuno, pero en realidad la dijo Fray Luis de León cuando volvió a retomar las clases después de su arresto domiciliario.

— Unamuno también dijo esa frase —me dijo Veintidós.

—¿Lo habéis buscado? —pregunté a todos.

— Sí, señor.

Nunca ha sido un gran problema que puedan contrastar la información de forma inmediata ya que yo estoy allí para enseñarles otra cosa. Es cómodo decirles: «cuando Rubén Darío publicó *Azul* en... en...» y todos responden «1888». Una fecha muy sencilla de recordar pero que siempre se me olvida, no sé por qué.

Intento enseñarles a escribir. Por eso es patético. He publicado un total de cero obras en mi vida y llevo escribiendo desde los diez años. Podrían haber contratado a Senteno o a María Pons pero han preferido contratarme a mí porque no quieren que les enseñe plan-

tillas. Las fórmulas para escribir son plantillas: los *cliffhanger*, los seis arcos argumentales, los *mcguffin*, los consejos para las escalas... son una plantilla que hay que rellenar con algo. Ese algo está dentro de la cabeza de los seres humanos, que tienen la brutal manía de estar vivos, algo que no es tan comprensible para mis alumnos.

17:21

Me gusta el ritual que tengo al empezar las clases: cojo un lapicero y lo tiro al suelo. Cuando empecé a trabajar con ellos se levantaba el alumno más cercano y lo recogía. Después lo volvía a tirar y el mismo alumno seguía recogéndolo. A la octava vez era el segundo alumno más cercano el que lo recogía. A la decimosexta el tercero. Van alternando el número de veces que localizan un evento como intencionado, pero siempre son potencias de dos (1,2,4,8,16,32,64...). En determinado momento nadie recoge el bolígrafo.

Sois conscientes de que estáis programados para ciertas cosas, pero yo os pido que para cualquier cosa que hagáis penséis si tenéis que hacerla o si realmente *queréis* hacerla —he dicho el *queréis* muy despacio, notándolo en la boca, pero se ha deshecho muy rápido, como cuando comes nata.

La primera vez que les dije esto, uno de ellos cogió la puerta y se fue. No me pareció mala decisión. Al día siguiente volvió y prefirió seguir escuchando. Los demás lo aprendieron. Hoy, después de dos semanas de baja, he vuelto a tirar el bolígrafo y todos se han reído mucho.

—¿Por qué os reís? —he preguntado.

— La última vez también tiró el bolígrafo y nadie lo recogió. Es volver al punto en el que lo dejaste, como Fray Luis —contestó Cien.

— Yo me reía porque siempre se le cae el bolígrafo, señor —respondió Siete.

— Yo no lo sé, señor —respondió Once.

—¿Y nadie lo va a recoger?

—¡Claro que no, señor! —respondieron todos.

Una de mis tareas es enseñarles a romper sus bucles. En realidad, necesito que comprendan el proceso de expresión y el proceso de búsqueda. Quiero decir, al igual que yo, ellos se nutren de sensaciones que entran con sus oídos y sus ojos, principalmente, ya que sus sensores olfativos solo permiten diferenciar gases nocivos para los pulmones y sus sensores gustativos la comida en mal estado. Unos meses atrás propuse ampliar sus sentidos. ¿Cómo comprender a Baudelaire sin el olfato? «Perfumes frescos como la carne de los niños». Necesito que diferencien olores, que sepan a qué sabe una manzana para que comprendan que el pecado original mereció la pena. He conseguido que imiten estructuras modernistas de juegos de luces y sonidos, y también formalmente, con la comprensión del placer auditivo, el ritmo de un pentámetro griego. Pueden imitar, pero no expresarse. Aunque no sé si yo les puedo reprochar algo... pero eso ellos no lo saben.

Al terminar la clase nadie ha recogido el bolígrafo. Han comprendido que solo sirve para que lo vuelva a tirar. Al menos no intentan ser complacientes, supongo, que es lo peor de los escritores.

Le he pedido a David que implemente el sistema de sensores de sentido al completo, como tienen en la oficina de B. y de T. Me he quedado leyendo en la oficina hasta que han llegado los del turno de noche. Era realmente tarde. De vuelta a casa he decidido poner en práctica la observación de la realidad que me exige: el detector del coche ha considerado mi estado como triste y pensativo —dos emociones que no consiguen diferenciar— y acto seguido ha reproducido *My funny Valentine*. He cancelado la reproducción y he pedido que disminuyera la polarización de las ventanillas para ver lo que había fuera. Las farolas recorrían con su luz el interior de mi coche de forma intermitente y entre las ventanas de oscuridad podía observar —como si de una ventana de Baade se tratara— grandes paredes grises inclinadas hacia mí que me recordaban ligeramente al cielo. Gran parte del paisaje era oscuridad y no pude evitar pensar que podría diferenciar a mis alumnos por la frecuencia de su pestañeo: otra mejora que apunté.

Al llegar a casa me he quitado los zapatos. He notado el calor del suelo. Al ser un piso pequeño se calienta antes, pero al principio puedo descalzarme sobre el suelo y tocar la pared para notar la diferencia de temperatura. Me ha producido una sensación de protección. Me he quedado ahí, de pie, estúpido, hasta que la comida estuviera lista. Si me hubiese visto alguien no habría sabido cómo explicarle lo que estaba haciendo. Estamos demasiado acostumbrados a las cosas útiles.

En vez de leer, he decidido concentrarme en lo que estaba comiendo. El tallo del brócoli estaba ligeramente duro y la patata especiada con perejil.

Creo que hace diez años que no huelo el perejil. Un relato de Julio Cortázar sería el del cronopio al que se le cae al perejil y, por no ba-

rrer, se come el suelo. A medida que come se le hace más difícil estar de pie, así que tiene que mudarse al techo. Al menos allí nunca más se le caería el perejil.

Después de un rato he vuelto a pensar en por qué sigo haciendo lo que hago. No he podido estar ni tres minutos centrado en mi absurda respiración. «Centrado», como si fuera un hecho asombroso el respirar. Al final los estímulos acaban siendo bucles, recepciones de materia que acaban cansando, y el cuerpo, que no soporta aburrirse, termina por prestar atención a cualquier otro estímulo nuevo. El único estímulo que tenemos está en el cerebro, el resto es reiterativo. Pero no tengo que pensar eso, debo quedarme en el bucle, seguir trabajando y atendiendo mi respiración. Es paradójico que tenga que enseñar a mis alumnos justo lo contrario. En cierta manera saben vivir mejor que yo.

Creo que eso es todo. Debería dormir. No está mal para el primer día. Estoy bien.

8:50

El café del desayuno olía a biblioteca. Me recuerda al día que me pasé leyendo *El asno de oro* de Apuleyo, que me costó muchos cafés pero mereció la pena. Supongo que sucede lo mismo cuando me levanto. Ayer mandé traer hierbabuena y albahaca y las he puesto a la entrada para que su olor se despida de mí, o tal vez para que me recuerden algo cuando abro la puerta. También quiero aprender a cuidar a las plantas: si no sabes cuidar a un ser vivo tan simple como un geranio cómo vas a cuidar de ti mismo.

Repasando las noticias en el sofá: están haciendo avances con lo del somatílico ese. Lo han probado en animales y funciona pero todavía no consiguen contrarrestar la muerte súbita por tristeza. Un pequeño

contratiempo, afirman. Veremos mañana. El sistema de aleatoriedad en inteligencias controladas parece que funciona a la perfección con los pintores. Siempre he pensado que el techo de esa libertad son las leyes de Asimov: dejamos nuestra vida a cargo de una operación en manos de sistemas quirúrgicos pero no podemos arriesgarnos a que hagan una huelga. Supongo que ahí tenemos nuestro valle inquietante, en la revolución. Seguro que Marinetti se hubiese reído mucho.

En la ducha he vuelto a poner en práctica la concentración en los sentidos. Ha empezado a caer el agua del techo y la casa ha decidido utilizar jabón de menta. Olía genial. Caía por mi espalda lentamente como si fuera savia y el olor me ha recordado a las tardes después del colegio cuando iba con mi abuela a recoger margaritas. Ella recogía margaritas. Yo me quedaba sentado o paseaba con un palo apartando los arbustos. Mi abuela murió hace mucho, como todos. Pero el jabón huele muy bien. En ese momento me he dado cuenta de la importancia del ejercicio: he pasado quince minutos pensando en todo lo que me rodeaba, y de repente todo ese vacío que tanto me desespera se ha dado la vuelta, y ha sido tan reconfortante como el tacto de la toalla por encima de los hombros.

10:37

Tras la segunda sesión he dado un paseo con la esperanza de encontrar un banco para sentarme a leer. Si no leo por las mañanas no consigo leer en todo el día porque por la noche llego tan cansado a casa que el sueño gana la batalla a la lectura. Los escritores que no sucumben al sueño están locos. Por eso tal vez son buenos, supongo. Encuentro un parque plácido y, en vez de sacar el libro y aprovechar la paz y el silencio que rodean mi lectura, me pongo a escribirte cómo me siento, aunque sé que «no va dirigido a ti» me incomoda un poco cuando te sientas en el sillón a leer lo que he escrito. Tal

ejercicio de intimidad me hace entender por qué los pacientes acaban sintiéndose atraídos por sus psicólogos. A mí me incomoda pero creo que me sienta bien. Me hace verme de otro modo.

11:21

Desde el banco más cercano a la entrada del Triángulo de Plata, justo tras la valla, me dispongo a contemplar a la gente entrar. Un par de señoras agarradas del brazo como esposadas avanzan despacito hacia la fuente, casi pareciera que ni caminasen, hasta llegar y quitarse los anillos, ahogar su mano en el agua y acto seguido restregarla por sendas caras. Apenas terminaban de recoger el bolso que dejaron al pie de la fuente cuando un chico, simpático diría por su forma de andar, cruzó la puerta del parque con una mochila que le seguía pegada a su espada. Indeciso, sondeó el suelo que sostenía su paseo fijándose con detenimiento en los árboles, palpando el césped con la mano y diría incluso que olfateando las papeleras hasta que, después de varias pruebas y acomodamientos, su mochila cayó -tal vez voluntariamente- en una esquina del banco que quedaba enfrente de mí. Y cuando el chico simpático e indeciso saca de la mochila un diábolo y sus respectivas cuerdas, un grupo de señores muy señores —con pantalones muy subidos y gorras muy viejas— ya entran en el parque y se dirigen al arenal que está a mi izquierda, casi pegado a la biblioteca, todos con bolsas muy diminutas que parecían pesar mucho. Y yo, que pensaba en qué llevo más tiempo sin ver: un diábolo o unas bolas de petanca, de repente esta duda desaparece y explota en mí un fragmento de *Desde mi celda* donde Bécquer explicaba esa sensación que fecunda la inteligencia por el centro del cerebro —donde tienen lugar los pensamientos—, que después la memoria se ocuparía de evocar pero que en aquel instante, nada se piensa, nada se razona y todos los sentidos parecen dedicados exclusivamente a su primigenia tarea: recibir la impresión de lo que nos rodea.

Son estas mañanas en S. las que tienen ese qué sé yo —como la canción— que me encantan. Lucho por retener estas sensaciones cuando de pronto, como una banda de Möbius, se dan la vuelta y rápidamente se tornan en pensamientos.

¿Cuánto tardaré en volver al bucle? «Tarda poco el fuego en pensar la ceniza». Aquí ocurre entonces una de las mayores desgracias del ser humano: hallarse allí donde no se encuentra. Estar sentando en pleno *locus amoenus* y perderse dentro de un libro. Gozar de la presencia en frente del abismo que supone la mera materia y huir lamentablemente hacia un cómodo sofá de nubes donde se encuentran las ideas. Lo más importante para la caída es tener localizado el suelo, pensé, y entonces, después de palpar el interior de mis zapatos con la planta del pie, en un concentrado ejercicio de alineamiento con el centro de la tierra, me levanto del banco porque el reloj tiene prisa y a pesar de que después de mi baja estoy seguro de que mi jefa será comprensiva conmigo, no quiero aprovecharme de su pena, tal vez porque ya no tengo vocación de tanatorio.

15:22

Normalmente llego a la oficina cuando todos mis compañeros ya han dejado a los niños. Me evita acumulaciones, retrasos, empujones y, sobre todo, tener que conocer aquellas extensiones genéticas de mis compañeros, que todo lo saben pero nada nos quieren decir, porque no saben, y por eso hay que tenerles el mismo respeto que cuidado. Al pasar por el reconocimiento de presencia laboral me he dado cuenta de que igual no me reconocería. He sonreído. Hacía tiempo que no estaba tan contento, y recordé mi adolescencia; esa ondulatoria consecuencia de mis hormonas que me hacía saltar como un *trigger* a los estados opuestos del ánimo humano de una forma casi binaria.

— Es por el efecto rebote —dijo Cien— de las sesiones psicológicas. En la mayoría de los casos como el suyo los pacientes sienten una subida del estado de ánimo por la atención recibida por su psicólogo.

— Eso no me impide disfrutarlo, ¿no?

— Claro que no.

Y todos aplaudieron. Los aplausos de mis alumnos no consiguen imitar el sonido de los aplausos de las personas. Debe ser por eso que los filtros de ruido siguen probándose con auditorios llenos de júbilo.

— Espero que después de las actualizaciones hayáis comprendido el verso de Baudelaire —les dije.

—¡«y un aliento que roce mis mejillas»! —dijo Cien.

—¡«y se percibe el hedor de las orquídeas»! —dijo Siete

—¡y «¿qué es más o menos importante que un contacto?»! —dijo Once

He tenido que buscar de quién eran esos versos. Ellos lo tienen más fácil. Tardan pocos segundos en leer y computar un libro. Hace sencillas las clases pero difícil entenderlos del todo. Lo bueno es que me obliga a llevar un buen ritmo de lecturas. También es útil porque no tengo que mandarles prepararse nada. *Teatro Universal* de Feijoo, les dije, y he aprendido a apreciar la pose pensativa que toman cuando están consultando el libro en la cabeza. Les expliqué el concepto de composicionalidad de la belleza, eso que nos permite diferenciar la parte de belleza que tienen ciertos elementos de forma individual de la parte de belleza que se desprende por la unión de ellos. En realidad, es una transposición del principio de composicionalidad de

Frege, pero en la poesía consigue eso que llamaron pares rotos los abstractos, pero tenían otro nombre para los simbolistas. Ya sea por contradicción, un fuego sólido, o por personificación, un altavoz contento, o por sinestesia, una pincelada aguda, la composición genera bellezas que no se encontraban en las palabras iniciales. Al aplicar varios niveles podemos encontrar versos como el de Neruda: espada indefensa, espada cantando, una espada cantando entre indefensos. Buscad el original, les dije. «Para mí que entro cantando/ como con una espada entre indefensos», respondieron. Yo tacharía el *con*.

Pero ya sabían crear conexiones entre hiperónimos. Saben hacer metáforas de varios niveles, por ejemplo el ejemplo de siempre: dientes blancos, dientes de nieve, dientes de perlas, perlas. Sin embargo, no consigo que generen automáticamente dos palabras aleatorias y que encuentren el camino entre el campo semántico. Lo encuentran, claro, pero es demasiado sencillo, demasiado preciso. Tampoco creo que las palabras sean aleatorias. El problema es que no generan nada dentro del subconsciente porque su interior está hecho de conexiones lógicas. Maeterlink decía que hay dos tipos de símbolos: los conscientes y los inconscientes. Los símbolos conscientes son lo que pone el poeta de forma deliberada, pero los inconscientes se generan más atrás, en el maletero de la cabeza. Surgen espontáneamente y siempre van a superar al escritor quiera o no quiera. Son estos símbolos inconscientes los que se les escapan.

21:56

Le expliqué este problema a David y también su posible solución. Le hablé del sistema de aleatoriedad que había leído ayer por la tarde. David, detrás de su pantalla como una tortuga detrás de su caparazón, ha tocado el teclado muy rápido, ha mirado atentamente la pantalla y después ha farfullado: sí, sí... mañana te lo tengo. No sé cómo no han sustituido a los programadores por inteligencias artificiales. Si

mis alumnos fueran programadores tendrían implementada la mejora al momento. En realidad, miro a David y podría ser una IA. No es cierto. Está demasiado metido en su mundo como para ser una IA.

Mientras estaba en mi sitio leyendo nuevos estudios sobre IA de creación literaria, Patricia se acercó a mi mesa para decirme que el jueves habían quedado los de la oficina para salir. Como estaba de baja no me habían dicho nada, pero el otro día se acordó de que faltaba yo. He agradecido su atenta invitación y he correspondido con una sonrisa. Ella me la ha devuelto y ha puesto su mano sobre la mía:

— Nos alegramos mucho de que estés aquí —me ha dicho.

— Gracias

Su tacto ha sido reconfortante. Patricia ya estaba en la oficina cuando me contrataron, al igual que David ya estaba en la oficina cuando la contrataron a ella. También están Julia, Juanjo, Andrea y otros tantos a los que no les pongo ni nombre ni empleo. No me extrañó que me invitaran a salir ya que Ignacio, un buen amigo de la facultad, había dejado de llamarme hacía unos meses. Mis relaciones de amistad aparecen y desaparecen como un chicle en la rueda de una bicicleta a lo largo de las empresas que me contratan. En el tiempo que tardaron en deshacerse los lazos del colegio comenzaron a formarse otros en el instituto. Éstos, debido a la fuerte impregnación de las hormonas y del compartir las primeras experiencias en la vida, consiguieron prolongarse durante los dos primeros años de carrera donde otros lazos, más delicados pero abundantes e inteligentemente entramados por la curiosidad y la identificación, consiguieron sustituirlos formando así la tela de araña de mis conocidos. No quiero decir con esto que no haya sentido auténtico amor por todos ellos, sino que el tiempo y el espacio son caprichosos en cuanto a las relaciones humanas.

He llegado a casa realmente cansado. Mantener la alegría y el entusiasmo es una tarea hercúlea.

Pero estoy bien.

4:11

Terminé de escribir algo en el proyector y todos los alumnos sonrieron. En vez de un bolígrafo había un folio tirado en el suelo. Uno de los alumnos se ha acercado después de clase y me ha dado el folio: gracias, Dos, le he dicho, y al darme el folio me ha rozado la mano. Parecía la mano de Patricia pero no era suya, y tampoco de Dos. De pronto estaba en mi sitio de una oficina, que era parecida a la mía pero faltaba algo, como cuando vuelves a un parque de atracciones al que habías ido de niña. La mano era de un hombre más bajito que yo; con una mano me acariciaba y con la otra me dejaba un pendrive. Las manos son los ojos del tacto, eso había escrito en la pizarra y acababa de tacharlo de mi hoja de ruta a la hora de dar clases. «Ahora voy» le he susurrado. Parecía de día por las luces de la oficina pero las persianas estaban bajadas. Después en el baño me he acostado con este hombre, tiene barba y huele bien, a algo artificial que parece un árbol, pero no lleva colonia. Su cara cuando follamos parece de sufrimiento. En silencio. Estoy de puntillas pegada contra la pared mientras él acomoda su cintura contra la mía. El erotismo de la situación es frágil y animal. Yo le abrazaba la cabeza con los brazos y me apoyaba con la mano en la pared de enfrente. Me he mordido los labios.

Me he levantado empalmado y gracias a que sigo teniendo la costumbre de dejar una libreta al lado he podido escribir el sueño. Es una práctica que tenía cuando intentaba escribir seriamente y supongo que nunca he perdido la costumbre. Al despertarme se me

ha hecho raro mi cuerpo y he tenido que tocarme para cerciorarlo. Muchas veces después de soñar tengo esa necesidad de esperar un tiempo para cerciorar la realidad. No siempre es tan sencillo. Hoy he tenido que ir a la entrada, oler la albahaca, pegarme una ducha, notar el gel, beber un café recién hecho y a mitad de un poema de William Blake he visto necesario aceptar que soy yo y que esto es la realidad.

10:35

Hacía tantas semanas que no soñaba que se me ha hecho extraño pero a la vez prometedor. Había algo nuevo en lo que pensar. Para empezar que nunca había tenido una IA llamada Dos o que tal vez debería empezar a dejarme barba. Como no me apetecía leer y tenía muchas cosas en las que pensar he decidido ir a la sesión por otro camino. En vez de bajar por Copérnico he girado por Isabel la Católica y he ido en dirección opuesta al destino que buscaba. Me ha recordado al pensamiento de Senteno, el de: «es lo que tienen los miedos, por la condición circular de la tierra, ocurre que cuanto más pretendas huir de ellos antes te los encontrarás de frente». Entonces han vuelto a voltearse los pensamientos:

He dejado de soñar otras veces.

He salido a dar paseos por calles desconocidas que ya conozco de tanto hábito de perderme.

He vuelto a estar contento después de mis recaídas y a veces, con la distancia, la repetición y la necesaria memoria, descubro mi tortura sisifeana.

No paro de pensar que esta bajada a la realidad, este explotar los sentidos, es como cogerle cariño al tacto de la piedra que empujo.

Les he preguntado a mis alumnos si el ser humano está condenado a repetirse. No lo entienden del todo. Cada segundo es distinto al anterior, me dice Cien. Pero no puede comprender a Schopenhauer cuando decía lo del gato: «Quien me oiga asegurar que este gato que está jugando ahí es el mismo que brincaba y que travesaba en este lugar hace trescientos años pensará de mí lo que quiera, pero locura más extraña es imaginar que fundamentalmente es otro». Esto creo que también lo dice Borges en algún lado, como siempre. También están los que consideran que la historia se repite para los que no recuerdan su historia y eso es cierto, pero entonces la historia avanza como las olas según la marea, con suerte como una noria que se escapa de su eje. Pero a lo máximo que puede aspirar es a dar la vuelta al mundo contadas veces o a detenerse. Seguramente esto también lo habrá dicho Borges.

Lo único que nos puede sacar de este vórtice o monte que subimos y bajamos es la creación. Ese deseo humano —y de ahí el problema que se me presenta— de traspasar los confines de la naturaleza, de no conformarse con esta lógica tortura de la continuidad. Tenéis que seguirme, les dije a mis alumnos, aunque no me entendáis, porque no quiero que entendáis, quiero que creéis vuestra interpretación. «Siempre llega mi mano», les dije, y rápidamente habían leído el poema de Gironde. Es tan extraño que todo tenga su lugar y su continuidad. Por eso, tal vez a raíz de todo el caldo cultural de principios del siglo XX, la muerte de Dios trajo consigo la muerte de creador y se empezó a cuestionar si realmente puede existir una creación, es decir la *creatio ex nihilo*.

— Pero... —comenzó a decir Once— que no se pueda crear a partir de la nada no significa que no se pueda crear algo. Es como la belleza compositiva de ayer, señor. Dados unos símbolos in-

finitos como las palabras, podemos hacer una composición nueva cada día.

— ¡El infinito no existe! —les grito. Lo suelo hacer. No tiene tanta fuerza como le confieren las exclamaciones, aunque sí lo digo gritando. A ellos les hace gracia.

Se ríen porque es gracioso para ellos que pueda referirme con palabras a algo que no exista.

— Si no existiera ¿no podría decirlo! —dijeron todos a la vez.

Hoy he desistido de intentar hacerles empatizar con lo que se sufre al comprender que todo es combinación de símbolos. He pensado que es fácil creer en la creación cuando nos paramos a intentar comprender nuestros sueños. Aunque existan unas conciencias colectivas en los individuos con su diferente volumen, intensidad, rigidez y contenido, hay piezas que no encajan, hay partes que el cerebro pone de relevancia sin ninguna importancia o sentido. ¡Claro que siempre es combinación! Pero hay combinaciones tan preferidas como escondidas.

Esto no lo comprenden mis alumnos porque ellos no sueñan. Ha sido una clase muy frustrante. No puedo hablar con cierta pasión o con cierto descuido porque es como hablar con una pared. En cierto sentido son paredes, pero con circuitos, tejidos sintéticos y algoritmos no supervisados. Sin embargo, cuando ha acabado la clase, Once ha recogido el bolígrafo del suelo y lo ha dejado en la mesa. Al irse, le he preguntado por qué había hecho eso. «Le hemos echado de menos», me ha respondido.

—¿Me puedes mostrar las preferencias empáticas de Once? —le he preguntado a David.

— Por supuesto... un momento —ha tecleado como siempre, muy rápido y mirando la pantalla para atajar los clics con pestaños— ha desarrollado cariño por los datos no catalogados. Normalmente los procesan durante tres días y si no encajan en su marco cerebral se desechan. Él los retiene en una categoría abstracta.

Curioso.

Es un gran avance. Lo ha etiquetado así por factores de voz agresiva próxima a una sonrisa, algo humorístico para ellos y también por procedencia y contacto entre ellas. A ti te ve todos los días, vio un libro de Góngora en la pantalla, también algunas películas... interesante.

— Genial, genial, y oye, por último... otra cosa: ¿existe alguna manera de que sueñen?

David me miró, pero en realidad estaba pensando. No sé si estaba pensando, pero estaba mirando como por detrás de mis ojos.

— Te lo miro.

Después me he sentado a leer más noticias sobre avances en mecanismos de aprendizaje. Nada nuevo. Otra vez la piedra y el monte. Efectivamente he notado que se me estaba pasando el efecto rebote. Necesitaba enfadarme. Me he hecho un té y he buscado mecanismos de sueño en IA. Resulta que tienen un sistema en M. donde las IA comparten ciertos datos cuando están durmiendo. La selección de datos se realiza por criterios pragmáticos: los pintores comparten desde deta-

lles históricos hasta prioridades de color en veladuras, los informáticos código y resultados comprobados... Resulta que nosotros tenemos un sistema parecido para la lectura de obras: en realidad solo uno lee la obra y establece los símbolos primigenios que se comparten a todos.

—¿Has visto el sistema de M.? —le he gritado a David. En el periodo entre el final de la tarde y la noche estamos pocas personas y nos permitimos estas formas.

— En ello estoy, es el que voy a descargar.

Después ha venido un tipo de la oficina de S-73, fuera del muro, y Andrea, la jefa, nos ha presentado a todos los que estamos. El tipo ha preguntado si la nueva IA ya se había ido y Andrea le ha respondido que todavía no había llegado. Mañana, ha dicho David. Como no me había dicho nada le he preguntado y me ha dicho que no sabía cómo se había enterado ese tío, que la había pedido ayer. Es un sistema experimental. Ha pasado por otras empresas y quiere ver cómo imparto las clases para reproducirlas, así podrían entrenar a otras IA a la vez que yo. Me ha dicho que comprende la necesidad de utilizar grupos reducidos pero eso no excluye la posibilidad de hacer muchos grupos. Es comprensible, pero me ha hecho sentir como un objeto reproducible.

— Ten cuidado o un día te lo harán a ti —le he dicho.

Me he ido a casa pensando si la nueva IA me podría ayudar compartiendo clases de otras personas de mi profesión y también preguntándome cómo serían los sueños de las IA. *¿Sueñan los robots con ovejas eléctricas?* Tengo que ver la película otra vez. Recuerdo que una vez conté a mis alumnos la anécdota de la cabeza del robot de Philip K. Dick que transportaba David Hanson a las instalaciones de Google, una cabeza que replicaba la voz y ciertas frases de Philip K. Dick. La idea era montar el cuarto de Philip con su robot enfrente de su hija

y reproducir una conversación, pero la cabeza se perdió en el avión. Esta anécdota que me pareció tronchante también les resultó graciosa a mis alumnos, pero lo cierto es que esperaba que les diese un poco de miedo.

22:31

Al llegar a casa no he notado el olor de la albahaca de la entrada. Me he dado cuenta cuando ya estaba en la cama leyendo un estudio de Harold Bloom sobre los poetas ingleses del Romanticismo. He subido de nivel de abstracción muy rápido. Tengo que volver al vaso, centrarme en el tacto de la piel con la realidad. El libro de Bloom tiene un tacto ligero, las hojas no son tan finas como para considerarlo un libro frágil pero tal vez tiene que ver con la consistencia que otorga la tapa dura. El lomo parece cinta americana pero marrón y el resto del libro es gris. Las letras son doradas como los objetos que se rompen en Japón y luego se reconstruyen con oro. Lo escribo antes de dormir porque necesito volver a los objetos. Hoy he sentido que he pasado por esto, que la única diferencia es que esta vez me he atrevido a escribirlo, pero el resto de veces han sido iguales. Hace unos meses fue con el realismo mágico y después con los tipos de símbolos de Sebeok, se los enseñó como puedo y van sumándose, pero no consiguen escribir ni una línea buena.

Hoy me ha vuelto a costar empujar la piedra, y he tenido que tocar las paredes del laberinto. Un poco. El tacto de mis sábanas es cariñoso, no hace frío, intento diferenciar el peso que aportan sobre el pelo de mis piernas. Dejo al silencio potenciar mis sentidos. Cierro los ojos. Espero que la reflexión traiga el sueño de la misma forma que los sentidos el sentimiento. Pero me acuerdo de Sor Juana, *Primero sueño*. He hecho lo posible por no levantarme de la cama, pero varias horas después he desistido.

Es muy tarde. Creo que estoy nervioso por mañana. No estoy bien.

12:11

He llegado tarde al trabajo pero a mi jefa no le ha importado. Mis alumnos tampoco suelen tener prisa. Ayer conseguí llorar antes de dormir. No sabría decir muy bien por qué. Pero me ha ayudado a dormir aunque hoy no he soñado. Eso me ha decepcionado un poco porque quería tener un buen sueño para contarle a mis alumnos. Voy a tener que contarles el de ayer. Realmente no necesito contárselo porque me obedecen al pedirselo, pero me gusta generar esos lazos, no sé, puede que Once lo archive en su sector de cosas desconocidas. También es relevante darles un trato humano para intentar comprenderlos mejor y así adaptar la enseñanza. Ciertamente funcionan igual que los humanos.

15:06

Los sueños de mis alumnos eran muy precisos. Un reloj da las cuatro y la mujer que Once vio cogiendo el pan con un vestido verde tenía el sombrero de mimbre del anciano que vio Cien comprando tabaco. El tabaco que compró aparecía en el señor que se imaginaba Veintidós cuando leía *El pozo* de Onetti, que realmente no se lo imaginaba, sino que era el señor que se había quedado dormido en el tren que Once coge para venir a trabajar. Como el señor tenía pelo de gato en la chaqueta Siete ha pensado que era Schrödinger y ha estado encerrado dentro de una caja de zapatos, que le ha dado miedo porque Cien ha leído la biografía de Lorca escrita por Gibson donde contaba la primera vez que vio un muerto con zapatos. Por eso Once ha soñado con azucenas y dragones en su primera conferencia como escritor profesional y por eso Siete ha soñado con Veintidós. Cien ha soñado que se caía por un pozo pero su caída era muy lenta, y en las paredes había letras y letras que tenía que leer para poder caer más lento. Está

relacionado con que Veintidós haya leído *Altazor* la semana pasada. También porque Siete ha escalado la caja de zapatos y ha saltado en paracaídas para caer en medio de una pista de hielo que era un reloj tumbado con una aguja que le obligaba a huir.

He podido ver estos símbolos porque David me ha pasado una hoja con los datos que se han entremezclado. De no ser por eso me hubiese resultado imposible saber de qué hablaban cuando comentaban sus sueños entre ellos. Desarrollar un lenguaje propio es algo vetado en las IA pero si yo las comprendo y les correspondo pueden desarrollarlo en la medida que les permita mi comprensión. En cierta manera las limito. Han conseguido desarrollar una pasión por la nueva combinación de símbolos e incluso consiguen detectar los procedimientos semánticos para crear las combinaciones con mayor disfrute, pero todavía les falla algo. Son demasiado felices para ser escritores. Creo que es porque lo recuerdan todo: sus datos están ahí, los consultan, vuelven al tiempo que quieran y lo reviven. Así no se puede escribir...

20:36

Si yo pudiera revivir las partidas de ajedrez con mi madre y pudiera volver a alguna salida del partido de voleibol al que me llevaba mi padre antes del accidente.... Ya solo recuerdo las imágenes del tanatorio y algunas situaciones que las fotos consiguen alumbrarme. Me ha pasado lo que le sucedió a Borges en la entrevista de *A fondo*: «recuerdo a mis padres más jóvenes de lo que soy yo». Pero en mi caso con edades aterradoramente tempranas. Mi padre y mi madre murieron a los treinta y a los treinta y dos años, respectivamente, y desde entonces me crio mi abuela, que aguantó diez años más hasta que murió, ya con un alzhéimer muy desarrollado. Aun así, los recuerdos que tengo están con cierto gramaje, no tienen esa nitidez que tienen los vasos y las plantas y las piedras. Incluso los sueños de mis alumnos tienen más consistencia. Ese era el problema, aunque no sé si suyo o mío.

— David, ¿hay algún sistema de pérdida de memoria?

— Bueno —me dijo— las IA no almacenan todos los datos, hay muchos que desechan cuando no los categorizan.

— Necesito que descarten datos categorizados, por favor.

— Te lo miro.

Después Patricia me ha presentado a la nueva IA. Se llama Ciento Veintiocho. Con él intentan aplicar un método de enseñanza basado en la serie de Fourier, que puede resumirse en que cualquier señal compleja puede descomponerse en señales más simples. En el caso de Fourier eran senos y cosenos pero en lo que respecta a la enseñanza, la información puede simplificarse hasta símbolos mínimos para poder introducirse correctamente en la comprensión. Esto funciona en humanos y en IA pero en el caso de estas últimas sí conocemos cómo están organizados los símbolos, dijo Ciento Veintiocho. Una IA muy interesante.

— Te espero a las nueve en punto —me ha recordado Patricia.

— Por supuesto.

Ahora, en casa, escribo esto. Me he sentado a leer un poemario de Borges porque me ha recordado el tema de la memoria de mis padres, y justo he ido a dar con *Insomnio*, un poema que resumiría perfectamente mi sensación de ayer por la noche. Me he encontrado con poemas que había olvidado que había leído y me he reencontrado con mis laberintos en otras edades más alocadas donde la pérdida de memoria estaría más justificada por las drogas que tomaba. Tal vez debería volver a fumar. Sé que no te parece mal, que tampoco pasa nada por fumar un poco de vez en cuando si me ayuda «con la piedra», me dijiste. Creo que intentabas hacer una broma con la piedra de Sísifo pero en ese mo-

mento estaba un poco nervioso porque no sabía cómo me iba a sentar salir con mis compañeros de trabajo, volver a beber, hablar con personas, joder, con personas. No había hablado más que con compañeros de trabajo, médicos, enfermeros e IA en tres semanas. No sé si estoy del todo preparado para pasar a dos sesiones semanales en vez de una diaria, pero al decirme que he progresado mucho esta semana me he sentido animado.

Puedes ir o no puedes ir. Tú eliges. No estoy para prohibirte cosas, estoy para ayudarte a gestionar lo que sientes, ya sean las consecuencias de tus actos o las cosas que te sucedan. También puedes ir, y si te sientes incómodo, te vas. Solo sé consciente de lo que quieres hacer, y actúa en consecuencia —recuerdo que me dijiste.

A veces creo que me das los mismos consejos que les doy a mis alumnos.

Es absurdo. Voy a ir.





